teria desde los puntos de vista del derecho internacional y de la economía política: analízanse las distintas leyes colombianas sobre el asunto; y se termina con un proyecto de ley sobre inmigración, que merece ser tenido en cuenta por los legisladores colombianos.

Reciban los doctores Villegas y Brigard nuestros parabienes más efusivos y cordiales.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CARTA ABIERTA del *Obispo de Pasto* al Ilustrísimo y Reverendísimo señor doctor don Bernardo Herrera Restrepo, dignísimo Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia—Pasto—1914—Imprenta del departamento—44 páginas en 4.º

Contiene esfe folleto la relación que hace el Ilustrísimo señor doctor Leonidas Medina de su apostólica excursión a las misiones del Putumayo, desde Pasto hasta la colonia de Puerto Asís, en las riberas del gran río. Aquel territorio no pertenece a la jurisdicción del señor Medina, pero él quiso visitarlo, invitado por los padres capuchinos y equipado por su caridad y celo extraordinarios. *Charitas Christi urget nos.*

El escrito de que estamos tratando es tan instructivo e interesante en el fondo, como ameno y elegante en la forma.

Las misiones en general, y las del Putumayo particularmente, son el asunto quizá más importante que tiene hoy Colombia entre manos. Se trata de reducir a vida civilizada y cristiana a muchas decenas de miles de compatriotas nuestros que han vivido en la oscuridad intelectual, la degradación del fetichismo, los horrores de la salvajez; de abrir a la agricultura y al comercio ubérrimas regiones, relativamente salubres, fáciles de sanear por entero, tan extensas que en ellas cabría holgada la población de España; de reivindicar y defender, no con palabras sino con obras, nuestras fronteras meridionales, añadiendo cuando sea preciso la fuerza al derecho incontestable.

Gracias a los capuchinos españoles, ayudados de los hermanos maristas, franceses en su mayor parte, y de las hermanas franciscanas, de la Suiza germánica, estos propósitos no son risueñas esperanzas, sino ya tangibles realidades. Surgen aquí y allí las aldeas, señoreadas por los campanarios; óyese el rumor de las escuelas, a que asisten en proporción más niños que en las de algunos departamentos del interior; donde ayer imperaban la selva primitiva o los rastros bravíos, retoza hoy la brisa en los maizales y en las plantaciones de caña azucarera, desgarran las anchas hojas del banano y acaricia las de los limoneros y naranjos. Al rugir de los jaguares ha sucedido el bramar de las vacas y el relincho del caballo y el latido del perro, amigo del hogar. Antes se llegaba a Mocoa, a espaldas de indio, por desfiladeros y asomos que no alcanzó a soñar el Dante; hoy por un cómodo y fácil camino de herradura. De Mocoa al Putumayo fue el Ilustrísimo señor Medina parte por vía terrestre, parte embarcado. Antes no se iba de ese modo, ni de modo alguno. El Putumayo era para los colombianos algo como lo que para los egipcios, antes de los viajes de Stanley, los Montes de la Luna: una comarca que nos pertenece, pero que nadie ha visto.

Sobre esa falange de apóstoles se destaca la figura del padre fray Fidel de Montclarc, Prefecto apostólico y jefe de la misión. Nació en tierra catalana, la de las heroicas conquistas, la de las magnas gestas, y es prueba viviente de que allí no se ha extinguido ni amenguado el espíritu de los antiguos héroes, sabios y santos. El padre Fidel es mozo todavía, y ya tiene plateados barba y cabello; es sencillo como una niña; alegre y jovial como escolar al principio de asuetos; y Quesada lo habría reclamado por compañero, y Las Casas no hubiera tenido qué enseñarle.

Lo que los más optimistas esperaban para un plazo de cincuenta años, se ha realizado en poco más de un

lustró. Si el Congreso nacional sigue mostrándose generoso como hasta aquí, sin hacer caso de trasnochadas teorías spencerianas; si el Gobierno continúa, como lo ha hecho, prestando apoyo a las misiones; si no vuelve a haber en el sur gobernantes miopes del alma, pronto la bandera tricolor, en el tope de los navíos colombianos, recorrerá el curso del Caquetá y el Putumayo hasta salir por el Amazonas al Atlántico.

Una nación que tiene misioneros como el padre Fidel y obispos como el señor Medina, está salvada.

Cornelio Hispano—COLOMBIA EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA—La cuestión venezolana—Prólogo de don Marco Fidel Suárez—Bogotá—Arboleda & Valencia, editores—MCMXIV—318 páginas, 8.º menor.

De esta importante obra, tomamos el bello pasaje siguiente:

Colombia fue la primera nación que erigió insigne estatua a Bolívar; Colombia celebró su centenario del 20 de julio de 1810, en el cual no tomó parte Bolívar, erigiéndole otra estatua monumental, obra de Frémiet, el primer escultor clásico contemporáneo; Colombia asistió, hace poco tiempo, a las ruidosas fiestas de Boulogne-sur-mer, y por boca de su Ministro plenipotenciario en París hizo resonar el nombre sin par del Libertador de la América en la misma tribuna en que se tributaban honores reales a José de San Martín, protector del Perú; y en ninguna parte, como en Colombia, se venera más religiosamente la sagrada sombra del excelso hijo de Caracas y se exalta su gloria.

Aparte de las monumentales estatuas de Bolívar por Tenerani y Frémiet, que adornan las más centrales plazas de Bogotá, y que son verdaderas obras maestras en cualquier ciudad del mundo, existen en Colombia magníficas estatuas del Libertador: en Cartagena la heroica (ecuestre), en Santamarta (ecuestre), en San Pedro Alejandrino, quinta donde murió y que fue adquirida, mediante una fuerte suma, por el Gobierno nacional (de mármol de Carrara), en el puente de Boyacá, en Mompós (repetición de la de Tenerani), y en proyecto, de próxima realización, en Cali, *la reina del valle del Cauca*. Los bustos, altos relieves, retratos al óleo, cuadros nacionales en honor del héroe, que se admiran en nuestros museos, bibliotecas y oficinas públicas, son incontables. Departamentos, pro-

vincias, villas, caseríos, llenan su nombre. Todos los clásicos escritores colombianos lo han ensalzado o defendido durante un siglo: Restrepo, los Mosqueras, Fernández Madrid, Groot, Posada Gutiérrez, Rufino Cuervo, Madiedo, Uribe Angel, Caicedo Rojas, Samper, Rojas Garrido, Guarín, los Pérez, Pinzón Rico, Quijano Otero, Pereira Gamba, Aníbal Galindo, Juan de Dios Uribe, Pérez Triana, Urrutia, Gómez Restrepo, Sanín Cano, Guillermo Valencia y cien más. Todos nuestros grandes y pequeños poetas lo han cantado: José Joaquín Ortiz, Rafael Núñez, Carrasquilla, Valenzuela, Jorge Isaacs, el autor de *María*, Pombo, Marroquín, Torres, José Asunción Silva, Miguel Antonio Caro, cuya soberbia oda, épica y melancólica, no ha sido superada hasta hoy, y apenas cede, en poesía castellana, al estupendo *Canto a Juri* del genial Olmedo. En Colombia jamás ha habido detractores de Bolívar. Argañil era francés; Pruvonena, el padre Cappa y Vidaurre, peruanos; el obispo Jiménez de Enciso (arrepentido más tarde), español. El jefe de la conjuración septembrina fue Pedro Carujo, venezolano, y sus compañeros eran todos extranjeros o de las provincias, ninguno bogotano; este hecho, que tanto honra a la noble capital de la Gran Colombia, lo hizo notar el general Pedro Alcántara Herrán en una proclama dada pocos días después de aquella noche nefanda.

Colombianos fueron también los que solicitaron de Víctor Hugo que interpusiera sus influencias para que se diera el nombre de Bolívar, como se dio, a una calle de París. Pero la gratitud y el respeto de Colombia hacia Bolívar ha ido más lejos aún: la sombra veneranda del Libertador se ha interpuesto siempre, imponiendo paz, cuando las arbitrariedades y extorsiones de los dictatoriales gobiernos de la hermana vecina han agotado los recursos de nuestra diplomacia. Finalmente, lejos de mermar se acrecienta cada día más entre nosotros el amor y la veneración por el Padre de la patria, de lo cual son prueba elocuente las palabras pronunciadas hace poco, con motivo de la inauguración del monumento de Nariño en la Basílica Primada de Bogotá, por el doctor Rafael María Carrasquilla, Rector del ilustre Colegio del Rosario, Director de nuestra Academia de la lengua y lumbrera de la Iglesia colombiana: "En Venezuela, dijo el orador en tan solemne ocasión, surgió Bolívar, el mayor amor de mi alma, después de Dios y de su Iglesia, a par de mi patria y de mis padres."

¡Jamás pueblo alguno fue más grato con su benefactor!

Lleno de razón ha dicho, pues, Rufino Blanco Fombona, nobilísimo admirador de Bolívar y brillante escritor venezolano, que:

“De todos los pueblos a que dio sér Bolívar, aquel que mejor lo ha comprendido, estudiado y honrado es, acaso, la antigua Nueva Granada, heredera del nombre ilustre de Colombia. La razón es obvia: para juzgar a un espíritu tan alto como el de Bolívar, se necesitaba de hombres de estudio y de pensamiento, en que siempre abundó, más que pueblo alguno de América, la actual república de Colombia” (1).

Bolívar, leyendo el porvenir, declaró, por su parte, en vida, su predilección por la Nueva Granada, su patria adoptiva y el país, entre todos los de América, que más amó, sin excluir a Venezuela. De Nueva Granada hizo el centro político y económico de la Gran Colombia, y de Bogotá, la capital de la nación; en ella reunió el Congreso de Panamá; en ella tuvo sus mejores amigos, hasta el punto de decir que si le hubiera sido dado escoger padre habría elegido a don José María Mosquera, el patriarca de Popayán, tronco de los Mosqueras; en ella vivió los crepusculares y más gloriosos días de su vida; en ella murió y de ella decía, desde 1815:

“La Nueva Granada es el corazón de la América del Sur.”

Bolívar, Sucre, Andrés Bello, Pedro Gual, José Rafael Revenga, Cristóbal de Mendoza, José Félix Blanco, José de Austria, Ramón Azpurúa, Aristides Rojas, Eduardo Blanco, los grandes y excelsos venezolanos, consideraron siempre la obra de independencia como obra común, de sacrificio y de triunfos, de Colombia y Venezuela, y oíd ahora con qué elocuencia reconocieron esta fraternidad de glorias el primero entre los magistrados, y el primero entre los escritores del Avila:

“Si echamos una ojeada sobre el glorioso cuadro de nuestra emancipación—decía el 15 de mayo de 1830, ante el Congreso Constituyente de Valencia, el diputado por Caracas, el amigo leal y albacea de Bolívar, aquel gran patricio que llevó el nombre de José Vargas—vemos en él la obra de esfuerzos comunes, de consejos comunes, de heroicos sacrificios también comunes. Aquí cerca, Ricaurte se inmoló por la patria; allí mismo el intrépido Girardot encontró la muerte entre las filas enemigas; también Colombia tuvo Curcio y Decios. Las armas de Venezuela libertaron en 1819 a Cundinamarca; más antes, en 1813, los auxilios de la Nueva Granada, dirigidos por ilustres jefes, lanzaron de este país a Monteverde. El esfuerzo de Padilla y de sus compañeros hizo prodigios de

(1) *Cartas de Bolívar (1799 a 1822). Prólogo de José Enrique Kodó y notas de R. Blanco-Fombona. Paris (Michaud). 1913. Primer vol.*

valor en Maracaibo y Cartagena; mas allí mismo se confundió el valor venezolano con el granadino; los monumentos de Junín, Ayacucho y Tarqui, bajo la denominación nacional colombiana, proclaman las glorias del valor venezolano y granadino. Acá por todas partes se oyen los respetables nombres de aquel pueblo, allá los de éste. No son como las otras naciones americanas, porciones, antes del español dominio, sólo análogas en lenguaje, religión, educación, hábitos, costumbres, leyes; han sido ya identificadas después de que tomaron el rango nacional. Comunicaciones íntimas, nexos comerciales, amistad, enlaces de familia, una fusión completa de dos pueblos en una forma, hacen un todo de recuerdos gloriosos, de afectos mutuos, de grandeza nacional, de esperanzas halagüeñas, que pertenece a la historia, que ocupa un lugar entre las otras naciones, que es el ídolo y el honor de los colombianos. ¿Y este todo magnífico ha de hacerse pedazos sin motivos? Cuando no existiese, todos deberíamos empeñarnos en su formación, porque su sólida estructura, su ligazón nos dan existencia nacional respetable, paz, libertad y bien.” (1)

“La Nueva Granada es nuestra hermana, y no es menester decir más—escribió muchos años después el ilustre Cecilio Acosta con ocasión de los funerales del Arzobispo Mosquera, celebrados en la catedral de Caracas.—Religión, usos, costumbres, lengua, distinto, hasta el origen, todo nos es común, y los pueblos no tienen otros lazos. Nacimos del mismo aliento del Genio, comimos del mismo pan de la desgracia, bebimos del mismo vino de la prosperidad: vicisitudes, reveses, trances, hazañas, lo mismo en proporciones iguales para todos; y ora en medio de páramos y nieves, ora entre desiertos horribles, desesperando o gozando, en los lugares de la muerte, o en el alcázar de la victoria, nos sirvió siempre de guía la misma enseña gloriosa.

“Nuestra sangre se mezcló en los campos de batalla; y los votos de los bravos que caían, se vieron muchas veces confundidos en un mismo aliento de entusiasmo, como la última profesión de fe política, como el testamento del honor. Juntos peleamos, juntos hicimos una cruzada de heroísmo. Después de un abrazo de unión, marchamos en brillante peregrinación; en peregrinación de triunfos, desde el pie de las cordilleras colombianas hasta las argenta-

(1) “Discurso pronunciado por J. Vargas, diputado de Caracas, en el Congreso constituyente, el día 15 de mayo de 1830. Caracas. Imprenta de Tomás Antero.” Este estupendo discurso se halla reproducido en la *Gaceta de Colombia*, número 480,

das cimas del Perú. El día grande de Colombia, el día que se dio el banquete de la libertad, eran unos mismos nuestros héroes, nuestros trofeos, nuestras palmas.

“Mientras los Andes subsistan, mientras la historia no se borre, mientras el nombre de Bolívar esté escrito en sus colosales creaciones, el vínculo de nuestro amor será imprecadero. Nó; no debe relajarse nunca. De otra suerte las sombras de Boyacá se levantarían para decirnos: *Rompéis con la discordia lo que nosotros sellámos con la sangre.*” (1)

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario—DERECHO INTERNACIONAL PRIVADO, por Julián Restrepo Hernández—Bogotá, Imprenta de *La Luz*—Carrera 7.ª, número 590—1914—Páginas 624 en 4.º

En nuestro número anterior publicamos las cartas cruzadas entre el doctor Restrepo Hernández y el señor Rector, relativas a la publicación de este libro. Hoy anunciamos que ya apareció la obra, monumento de erudición y de talento, que no sólo honra a su autor, sino que es verdadero honor para la patria colombiana. El Colegio del Rosario se siente particularmente ufano y satisfecho.

La bibliografía sola que el libro contiene, supone el empleo de una larga vida. No hay punto que no se haya estudiado hasta el fondo, exponiendo las doctrinas y argumentos de los principales expositores. Cerca de trescientos son los autores aducidos, y de algunos hay hasta doscientos lugares. Y ninguno sin la cita exacta, como es de rigor hoy en todo libro científico. Después de las opiniones ajenas, viene la del autor, expuesta con modesta firmeza y claridad perfecta.

Aunque la obra es de derecho internacional privado, también constituye un excelente comentario del Código Civil y de otros de los de Colombia. A menudo sorprenden las soluciones del doctor Restrepo; a poco de meditarlas hay que aceptarlas por evidentes,

(1) Obras de Cecilio Acosta. Caracas, 1909. 5 vols. Tomo II, página 227.

o a lo menos discutir las, como sólidamente probables y fundadas.

Acompañan al libro varios índices muy copiosos, útiles para hallar en un momento el pasaje, el autor, la doctrina que se necesitan.

ALGO SOBRE CRIOLLISMO

(LEÍDO EN LA ACADEMIA DE CARO)

“El olor a tierra removida purifica las almas,” decía el patriarca de las estepas rusas, el Conde León Tolstói, y ésta es la impresión que siento yo cuando tengo entre mis manos un libro genuinamente americano.

Cuando se acaba de leer aquel libro perfumado por los azahares de la huerta paterna que se llamó *María*, cuando se han recorrido las páginas de *Manuela*, como quien va por el sendero montañoso y perfumado de una vega; cuando las escenas de *El Alférez Real* se van desarrollando entre los naranjales y las palmas del fecundo valle del Cauca, “aquella tierra de la inteligencia y del valor,” como dijera don Juan Montalvo; cuando Carrasquilla y Rendón, con Velásquez y Latorre, nos hacen saborear la vida virgiliana y casta de las montañas antioqueñas, se impregna el ambiente de un olor a tierra removida que ennoblece mi alma. Me siento salvajemente noble, bulle en mi sér el abolengo americano cuando veo, al través de los periódicos cristalinos y colorantes de aquellos escritores, las cumbres diáfana-mente azules de nuestros montes, cuyas intrépidas aristas y cresterías potentes, se diluyen en palideces de lila y de violeta, envolviéndose en la gasa de novia que semeja la niebla, cuando miro el terciopelo esplendoroso de los maizales en sazón, y cuando escucho los arpegios frágiles y claros de nuestras quebradas bulliciosas que en copos de alabastro se van cantando sobre los pedrejonos de su lecho en las hondas soledades de nuestros bosques. Siento la sangre criolla vibrar en mis ar-